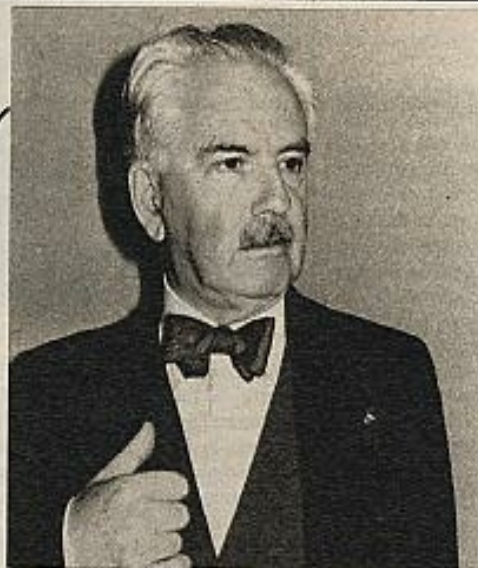
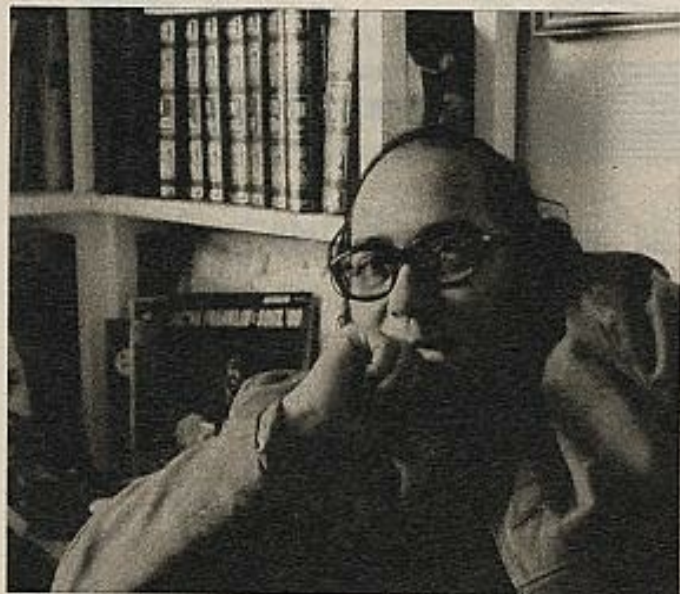


Vallejo, el presunto protagonista, sino que oímos las historias particulares de cada uno de aquellos otros personajes, presuntos testigos; reconocemos sus deseos ocultos, sus capitulaciones dolorosas. El propio Vallejo se parateará en su pseudónimo, Richard Opty, o en el análisis pormenorizado de su héroe de ficción, Johnny Call... Los planos de identidad superpuestos y suplantadores, incluso el disfraz último del lenguaje, son utilizados por el autor con la intención de dar evidencia indiscutible al drama de una colectividad dividida entre el temor a ser descubierta tal como es y el deseo de aparentar lo que no es.

Ahora bien, yo pienso que no acierta el escritor con el tratamiento literario dispensado a toda esta compleja trama, precisamente desde el punto y hora en que Isaac Montero hace dejación de sus poderes como novelista: fiado en el documento, inhibido ante la capacidad traspositiva de la fábula, cae en la trampa de la simple evocación sentimental de un proceso de derrota y frustración históricamente irreversible (el de quienes, como vencidos, padecieron las consecuencias inmediatas de la guerra civil en la configuración de su identidad), y que —esto lo considero más grave de cara al tema que nos ocupa— se revela totalmente inútil desde la perspectiva de sus posibilidades literarias. En Necesidad de un nombre propio se nos antoja mucho más vigorosa, y con mucho mayor frescura novelesca, la

Isaac Montero.



Julio Caro Baroja.

### Los artículos de Julio Caro Baroja

La editorial Nuestra Cultura acaba de agrupar en libro cuarenta y tres artículos de Julio Caro Baroja bajo el título "Comentarios sin fe", con prólogo de Angel Sánchez Harguindey. Los artículos —publicados en "El País" (40), "Deia" (2) y "Hoja del Lunes" de Madrid (1)— aparecieron entre julio de 1977 y junio de 1978.

Reflejan un año de vida española. Porque todos ellos tienen como punto de partida la actualidad, aunque sea la especial actualidad que suscitó el comentario de Julio Caro. Una actualidad que no pocos considerarán peregrina, absurda y hasta inactual. Pensará alguien: ¿a quién importa que

peripetia de ese héroe de novela barata que ha creado Ricardo Vallejo (la entrevista en que se analiza al personaje y las razones de su creación es altamente

significativa) que la, aunque no por dramática menos tediosa —y hasta tópica—, experiencia de los protagonistas reales. He de pensar que este juego de suplantaciones es el objetivo último de la novela de Isaac Montero, mas no por ello se evita que el ámbito en que se desarrolla, los personajes que lo encarnan y hasta el discurso narrativo en que se resuelve, vuelvan a enredarse en los lugares comunes que nuestra novela debe desterrar urgentemente, si quiere abrir nuevas expectativas a la tan desmedrada literatura española de nuestros días. Volver sobre las huellas de una identidad de sobra conocida y reiteradamente explicitada desde todos los frentes (mucho más por lo que a su revisión documental respecta) puede suponer una peligrosa involución que no me resisto a señalar.

En unas breves líneas —las que concedo este espacio— no se pueden tratar por lo menudo estas cuestiones. Las doy aquí, someramente esbozadas, con el propósito de que puedan servir de posi-

el "BOE" diga que los archiveros y bibliotecarios no precisan del latín?, ¿a quién le preocupa el estado del inexistente Museo del Pueblo Español?, ¿y el centenario de don José Castillejo? (ni el propio sujeto del centenario, tampoco)...

Todo esto y mucho más le importa a Caro Baroja. Y de todo saca conclusiones de interés. Harguindey dice en su prólogo —inteligente y barojiano, por parte de tío y sobrino— que "Julio Caro es espartanamente sintético" y "que no aporta soluciones, sólo esboza los defectos públicos". De acuerdo solamente en lo primero. Pues Caro ofrece una solución a los males de la patria: la revolución cultural ("Una verdadera Kulturkampf, no calcada de la alemana, pero sí fuerte y férrea, para ver si de algún modo entramos en vereda y no confundimos el espíritu con la letra, la asignatura con la ciencia, el medio con el fin").

Claro que es una solución así como difícil y al propio proponente se le muestra inalcanzable en un país de "cagatintas (ahora se les llama tecnócratas)", "con un desorden total en los repartos del dinero", etc... Un país, en fin, donde no parecen ser excesivamente proclives a la cultura "los dinámicos cuarentones que dirigen el cotarro".

El autor es un pesimista. En él —dice Harguindey— es "el pesimismo como manifestación externa de la lucidez". Es un pesimismo que entronca con el de su muy ilustre tío don Pío Baroja, con quien don Julio coincide en muchas cosas, además de en el apellido. Por ejemplo, en el patriotismo sin retórica, en la amplísima cultura o en ese dominio y vigor de la narración, que hacen que las Memorias del sobrino sólo encuentren rival en las Memorias del tío. ■ VICTOR MARQUEZ REVI-RIEGO.

bles puntos de discusión, no ya en torno a la novela comentada, sino a las perspectivas que tiene ante sí la narrativa que en estos momentos se escribe en nuestro país. ■ JORGE RODRIGUEZ PADRON.

### Esa desconocida: la literatura brasileña contemporánea

Dentro de los muchos méritos que cabe atribuir a la revolución de los "barbudos" en Cuba, tal vez uno de los más destacados, y característicos, sea el avance en el campo de la educación y de la promoción cultural.

Aparte de los indudables esfuerzos realizados para lograr la escolarización y capacitación intelectual de toda la población cubana, sin distinciones de sexo ni raza (objetivo alcanzado en un tiempo record, dadas las variables económicas y de carencia en ese terreno que incidían en la